

MIMMI KASS

# Fetiches

DESPERTAR · DECISIÓN · LIBERACIÓN



**Mimmi Kass**

Fetiches

*Despertar. Decisión. Liberación*

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mimmi Kass, 2018, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2021

Depósito legal: B. 15.300-2021

ISBN: 978-84-08-24953-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## No tengo tiempo

Maleta hecha. Carpetas y tubos con los bocetos del proyecto preparados. Durante las últimas dos semanas, lo único que había acaparado su atención había sido perfilar el encargo del nuevo estudio de arquitectura con el que colaboraba. El puesto sería suyo. Un sueño hecho realidad: dar por fin el salto a una firma de nivel internacional. Y lo había peleado con uñas y dientes.

Aquello significó pasar muy poco tiempo con César, pero ya estaban acostumbrados. Él llegaba a casa como una sombra, cenaban algo juntos, muchas veces de pie en la cocina, y él se metía en la cama temprano porque al día siguiente se levantaba antes de las siete para ir al bufete.

Ella, fiel a su estilo búho, se quedaba en la mesa de diseño hasta bien entrada la madrugada. A veces, la sorprendía el amanecer y se cruzaban en el pasillo. Llevaban así un par de años.

Pero aquella noche fue diferente. César la abordó con una rabia que la desconcertó.

—Hace semanas que no follamos.

La lapidaria frase la sacó de su concentración, y alzó los ojos, verdes y felinos, con extrañeza. El sexo nunca había sido una prioridad para ellos.

—¿A qué viene eso ahora?

—Levántate. Deja eso.

Lo miró, inexpresiva. César no solía ser tan agresivo a la hora de demostrar lo que sentía. Laura, su mejor amiga, acostumbraba a decir que no tenía sangre en las venas, pero ella sabía muy bien que, bajo la fachada aparente de afectación, había un hombre tierno y cariñoso. Al menos, así había sido en el pasado. Por esas fechas ya no estaba segura. Una cierta amargura revestía sus últimas conversaciones y cada rato compartido.

—¡He dicho que te levantes! —lanzó en un grito amenazador. La cogió por una muñeca en un gesto brusco y Carolina suspiró.

—César, no tengo tiempo para esto. ¡Mañana presento uno de los proyectos más importantes de mi carrera! —rezongó, sin ganas. Sabía que, si le daba excusas durante un par de minutos, acabaría por rendirse... pero esa vez no lo hizo.

Tironeó hasta sacarla de la silla y la aferró de la melena con fuerza, obligándola a mirarlo a los ojos. «Por fin un poco de acción», pensó ella con cierto asombro.

—Nunca tienes tiempo para nada. Ahora vas a tomarte diez minutos para mí. Con eso me basta.

La arrastró hasta la habitación; ella opuso poca resistencia. A veces le daban arrebatos así, pero hacía meses que no ocurrían. La tiró sobre la cama y Carolina sopesó sus posibilidades: si se resistía, tardaría más en lograr su objetivo, lo que podría ser divertido; por otro lado, no quería arriesgarse a lucir una marca en su piel. Cerró los ojos cuando él le arrancó el pijama a tirones y se abalanzó sobre sus pechos en una pulsión hambrienta. Funcionó. La situación la excitó; de hecho, hacía mucho tiempo que no se calentaba tanto, y clavó las uñas en su espalda al tiempo que abría los muslos para él.

Cuando César la penetró, con desesperación, soltó un

jadeo por el dolor combinado con el placer, en una sensación que buscaba siempre que podía. Él emitió un gruñido de frustración mezclado con la lujuria al alcanzar el orgasmo y derramarse en su interior. Le sobraron al menos tres de los diez minutos.

Carolina no se movió mientras analizaba lo sucedido: al final, un polvo como otro cualquiera. Él cayó sobre ella como un peso muerto e intentó apartarlo.

—¿Estás mejor? —preguntó, fracasando en revestir la frase de alguna dulzura.

Él no contestó. Rodó a un lado para alejarse de ella y se cubrió el rostro con el antebrazo. Una punzada de preocupación, ya familiar, apareció junto con el vacío que se ampliaba entre ellos cada vez que discutían o se evitaban, pero no tenía tiempo para indagar en el humor oscuro de su pareja. Estaba cansada.

Se levantó sin hacer ruido y volvió a la mesa de trabajo, donde se refugió hasta bien entrada la noche.

\* \* \*

—Carolina.

Se desperezó, adormilada, y esbozó una sonrisa. Chocó de frente con el rostro serio de César, ya vestido. Se fijó en la raya perfecta a un lado de su cabeza, en el traje impecable y en el rostro afeitado. Cubrió un bostezo con sus dedos y lo miró, aburrida de su pulcritud.

—¿Qué pasa?

—Necesito que me dediques otros diez minutos con un poco más de atención que anoche si es posible —dijo él, con un desprecio que le hizo fruncir el ceño.

—¿Puede ser en otro momento? —Eché un vistazo a su reloj de pulsera, que no se quitaba ni para dormir—. ¡Mierda, es tardísimo!

Dio un salto para salir de entre las sábanas y comenzó

a vestirse. No le daba tiempo a ducharse. En el hotel se arreglaría como era debido; por lo pronto tenía que estar lista para el taxi, que iba a llegar en cualquier instante.

—No. Tiene que ser ahora. Quiero que te vayas de mi casa.

—No tengo tiempo para tus arrebatos, mi amor —resopló con incredulidad mientras se ponía la ropa.

No era la primera vez que ella amenazaba con marcharse o que él la echaba de allí. Eran momentos álgidos de discusiones absurdas, que solían acabar con ellos en la cama. Por aquellos días, ni siquiera tenían eso.

—No te preocupes, no te voy a entretener mucho con esto. Tienes toda tu ropa en las maletas —replicó él, señalando hacia la entrada. Carolina parpadeó un par de veces para cerciorarse de que era verdad. Sus dos maletas grandes, las que utilizaba para los viajes largos, esperaban de pie junto a la puerta—. Sé que no tienes tiempo, así que he contratado un servicio de mudanzas para que recojan tus cosas del estudio y se lleven también tus libros.

Se quedó inmóvil. Su corazón se saltó un par de latidos. César la estaba echando, de verdad, tras una relación de cuatro años, dos de ellos viviendo juntos. Se esforzó en buscar en su interior un sentimiento de pérdida, pero solo encontró frialdad, apatía, indiferencia.

—¿No vas a decir nada? —soltó él, con la voz agarrotada por la rabia. El sonido del móvil los arrancó de la tensión del momento—. No contestes. ¡No contestes el puto teléfono!

César negó con la cabeza al ver que ella deslizaba el dedo por la pantalla. Era su taxi.

—Tengo que irme. Recogeré las maletas a la vuelta. Lo siento mucho, cariño.

Carolina cerró la puerta tras de sí con suavidad.  
No sentía nada.

## Un comienzo

Sonrió, satisfecha, al ver la aprobación en los rostros de su jefe y de los clientes al terminar la presentación del proyecto. Estaban encantados con su trabajo, no pusieron pegas a ninguna de las propuestas y se mostraron dispuestos a empezar cuanto antes. Carolina no solo supervisaría los diseños, también las compras y la decoración final del hotel *boutique* del paseo del Prado.

Su contrato incluiría traslados y noches de hotel: no más precariedad al viajar. Su vida daba un vuelco en más de un sentido. No podía imaginar una celebración mejor para sus recién estrenados treinta años... aunque acabara de perder a su pareja.

—Vamos a tomar una copa para festejarlo. Ven, Carolina.

Sonrió y agitó la cabeza para apartar el recuerdo de su ruptura con César. Su jefe, Óscar, no era un hombre que aceptara un no por respuesta. Sus ojos azules, duros y directos, todavía la intimidaban. Aunque prefería marcharse al hotel a descansar, ignoró el dolor de sus pies en los tacones y siguió al grupo de hombres y mujeres hasta el ascensor.

El pub al que entraron tenía esa sofisticación de los lugares decorados con mimo por los dueños. Cada detalle, desde el espejo tras la barra y la iluminación cuidada



hasta el mobiliario moderno y urbanita, buscaba atraer a ejecutivos de alto poder adquisitivo. Ella lo sabía muy bien. Sus proyectos conseguían lo mismo.

Esperó a que pidieran los demás antes de arriesgarse a beber alcohol; no quería ser la única, no quería meter la pata. Después se decantó por un gin-tonic suave, que sorbió con calma mientras estudiaba a sus nuevos compañeros. Parecían llevarse bien.

Óscar la observaba desde la distancia, atento a sus movimientos, pero sin incluirla en la mesa que compartía con el resto de la directiva y los clientes. Ponía una barrera jerárquica entre ellos: pese a ser la nueva jefa de diseño, trabajaba para él, no era su igual.

No disfrutó de la velada.

No dejó de analizar el comportamiento de los demás ni un solo segundo, y vigilaba cada uno de los pasos que daba para ajustarse a lo que se esperaba de ella. Cuando se marcharon dos compañeros, consideró adecuado retirarse ella también. Se acercó a la mesa de los jefes, que seguían charlando, y se despidió, educada pero sin ser cordial en exceso; una pose profesional que tenía bien estudiada. Óscar sonrió, aprobador.

—Buen trabajo, Carolina. Hasta la semana que viene.

Al día siguiente solo se acercó a las oficinas para firmar el contrato y recoger sus credenciales y el cheque con el primer pago por la entrega del proyecto. Se ruborizó al ver que, por primera vez en su vida, recibía una cifra con cinco dígitos. También tenía un sobre con las instrucciones para pasar a buscar la tarjeta de crédito de la empresa por el banco y el dinero de las dietas. Sonrió. El presupuesto mensual para viajes y hotel le permitiría afrontar holgadamente los próximos meses.

\* \* \*

La realidad la golpeó al llegar de vuelta a Oviedo. No tenía a dónde ir. No sabía a quién llamar. César no contestaba sus mensajes y prefirió no acudir a su madre. No hablaban desde hacía semanas.

Pero siempre estaba Laura.

—¡Dichosos los oídos! ¿Y este milagro?

Carolina se sintió culpable por primera vez, de verdad. Laura era incondicional: no importaba cuánto tiempo pasara, las veces que la dejara plantada o los cambios de planes de última hora que hiciese. Siempre estaba ahí. Se dio cuenta de que era una mala amiga, una mala hija... y una pésima pareja.

—Laura, sé que he estado un poco ausente. —Ignoró el resoplido irónico al otro lado de la línea telefónica—. César y yo hemos roto, me ha echado de su piso y no tengo a dónde ir.

—Lo sé. Tengo tu ropa —contestó ella con tono de disculpa—. No te dije nada para ver cuándo me llamas.

No era una mala amiga. Era una amiga de mierda.

—Lo siento, Laura. Yo... sabes que no tengo tiempo para nada, pero... ¡he ganado el proyecto! Tenemos que festejarlo —exclamó con entusiasmo forzado.

—Vente a casa, te espero.

Se quedaría en el pequeño apartamento de Laura de manera temporal, hasta alquilar algo, un pisito cálido y acogedor en el centro, abarrotado de libros, que le encantaban. Intentó diluir el sentimiento de culpa en una borrachera de celebración con ella, y atiborró su nevera con la comida y bebida que más le gustaba. Y decidió que, la próxima visita a Madrid, la haría con ella. Su amiga era profesora, y siempre se quejaba de no llenar las horas libres del verano. Un viaje juntas a la capital sería el regalo perfecto, y así no estaría tan sola.

Solo quedaba una cosa por arreglar: los utensilios del estudio de diseño montado en la habitación libre del piso de César estaban en casa de su madre.

No podía posponerlo más, así que le mandó un mensaje y se acercó en coche hasta el chalet.

—¿Mamá? Ya estoy aquí.

Entró en la vivienda ajardinada, cuya puerta estaba siempre abierta; ventajas de vivir en las afueras de una ciudad tranquila. Las persianas cerradas para evitar el calor generaban un ambiente oscuro y opresivo. Se estremeció y abrió una ventana para disipar la sensación de claustrofobia.

Caminó hasta su antigua habitación y reprimió un nuevo acceso de culpa. Todo estaba embalado con sumo cuidado. La mesa para diseñar, su herramienta de trabajo más valiosa, tenía los cantos protegidos con papel de burbuja. César no había contratado una empresa de mudanzas, lo había hecho él mismo. Se dio cuenta de que lo echaba de menos más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Cómo es eso de que tú y César habéis roto?

Nada de saludos. Nada de preguntarle por su proyecto ni por su vida como mujer soltera e independiente; lo único que le interesaba a su madre de ella era su pareja. Tenía la sensación de que invariablemente la ponderaba según el hombre que tuviese al lado en ese momento. César era el perfecto a sus ojos: abogado, con un buen puesto, asentado en su trabajo, atractivo pero no demasiado, y muy educado.

—No, mamá. Él ha roto conmigo, que es muy diferente —puntualizó, para dejar las cosas claras desde el inicio de la conversación—. Me ha echado de su piso, de hecho.

—Carolina, hija... ¡No entiendes a los hombres! —se lamentó su madre. Odió su voz hastiada; no quería leccio-

nes—. Si le pides volver, te recibirá con los brazos abiertos. ¿Es que no lo ves?

Un chispazo de esperanza atravesó el pecho de Carolina al considerar la posibilidad, pero solo duró un segundo. ¿Volver? No. No tenía ningún sentido. Su vida estaba cambiando, y César quedaba atrás.

—No. No lo veo. En cuanto tenga un sitio para colocar mis cosas, vendré a buscarlas —anunció, dándole un beso en cada mejilla, a modo de saludo y también de despedida—. Disculpa si te ocasiono algún inconveniente, será por poco tiempo.

—¿Ya te vas? ¿No te quedas aquí? —Su madre estaba herida por el rechazo, podía verlo—. ¿Dónde dormirás? Ya sabes que estoy aquí sola.

—En casa de Laura, pero no te preocupes: el miércoles viajo a Madrid y espero tenerlo arreglado para entonces.

No esperó a la respuesta de su madre y salió de la vivienda. Ya tenía treinta años, suficientes como para desprenderse del control casi obsesivo que ejercía sobre ella, hija única, acentuado tras la muerte de su padre hacía ya cinco años. Con su madre no podía respirar. Su modo de amar era asfixiante y opresivo. Entendía que estaba sola, pero cada intento de acercamiento se convertía en reproches y quejas, en lágrimas dramáticas y problemas imaginarios que buscaban atarla a ella. No. No podía regresar allí.

Se dirigió al centro de Oviedo con las direcciones de varias inmobiliarias. Tenía que resolver aquel problema. Ya.

\* \* \*

—Seguro que acabas encontrando algo —la consoló Laura, después de salir despavoridas del último piso que visitaron. Carolina soltó un gemido de frustración.

—Este es el cuarto que hemos visto en dos días, ¡y ninguno me gusta! —protestó, enfadada—. ¡Esta ciudad es una mierda!

Su amiga la observó en silencio.

—Carol, ¿te puedo dar un consejo? ¿Por qué no te planteas buscar algo en Madrid? —Se detuvo, en mitad de la calle Uría, e hizo un gesto señalando a su alrededor los imponentes edificios señoriales—. Oviedo es una ciudad preciosa y llena de vida. La que no encaja aquí eres tú.

Volvieron al apartamento de Laura en silencio. El entusiasmo por el inminente viaje se había diluido un poco y Carolina hizo las maletas sin ganas, taciturna. No paraba de darle vueltas a lo que su amiga le había comentado. Era una sensación que tenía desde siempre, que Oviedo no era su sitio. Muchas veces la habían tachado de esnob, de pedante, de pija, de arribista... por burlarse del ambiente pueblerino y atrasado de la ciudad. Se quedó a estudiar la carrera allí solo porque su padre estaba muy enfermo y, cuando murió, no quiso dejar a su madre sola, pero en ese momento sentía más que nunca la necesidad de salir de allí, de buscar su lugar.

—¿No te habrás enfadado conmigo por lo que te he dicho antes? —interrumpió Laura sus pensamientos con esa voz burlona y despreocupada—. Llevas con cara de acelga toda la tarde.

Carolina se echó a reír, desarmada. Dejó lo que estaba haciendo para darle un abrazo.

—No, para nada. Creo que tienes razón. Si quieres, puedes acompañarme a mirar algo. —El rostro de Laura se iluminó con la idea—. Tengo muchas ganas de estos días que vamos a pasar juntas en Madrid.